



de la Pasion de Cristo procedió tambien la del año último de San Pedro. Los antiguos pusieron el martirio del apóstol en el 36 siguiente á la Pasion del Señor, ó 37 empezado segun diverso cómputo. Arreglado esto á la era vulgar, resulta el martirio de los dos apóstoles en el año 69 de Cristo, pues ésta es la suma de 36 añadidos á los 33 del Redentor. Los que ponen la Pasion en el 29 de la era vulgar siendo cónsules los dos Géminos, anejan el martirio de San Pedro al 65, añadiendo 36 á 29, que es la opinion de Pagi. El autor de estos Fastos, ó el copiante, se apartó de ambos cómputos, siendo el de Eusebio el que se sigue en esta obra. El año del año dentro del cual fué el nacimiento, como por el día se sabe, pues como muestra la tabla, al año 69 de Cristo se le añaden los años de la era vulgar, para sacar el año de la era vulgar. Este cómputo se funda en el cómputo de la era vulgar, que es el que se sigue en esta obra. El año del año dentro del cual fué el nacimiento, como por el día se sabe, pues como muestra la tabla, al año 69 de Cristo se le añaden los años de la era vulgar, para sacar el año de la era vulgar. Este cómputo se funda en el cómputo de la era vulgar, que es el que se sigue en esta obra.

uno de sus yerros el poner la muerte de los apóstoles en el año 58 de la era vulgar, en que no habia empezado la persecucion de Neron; y así la colocó fuera de su sitio. Lo mismo digo de la destruccion de Jerusalem, atrasada allí siete años. En lo demas no tiene tanta irregularidad, ni es necesario insistir en cada cosa, por no ser de mi asunto principal, bastando y ofreciendo estas prevenciones para que el principiante no se precipite sobre un punto de tantas dificultades, como es el del verdadero año del Nacimiento y Pasion del Redentor.

ALGUNOS DATOS

SOBRE

LA DOMINACION CARTAGINESA

SEGUN

LA CRÓNICA GENERAL DE ESPAÑA

POR

FLORIAN DE OCAMPO

No hay para qué reproducir las leyendas que sobre los primitivos tiempos de España nos han legado algunos antiguos cronistas y singularmente el maestro Florian de Ocampo, fábulas que, como hemos visto, están hoy comprobadas por la sábia crítica. Esto no obstante, hay algunos datos verídicos y dignos de estimacion acerca de la época cartaginesa, que son los que en este apéndice reproducimos.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la gran sequedad que todas nuestras crónicas dicen haber en España sucedido, con que fué necesario despoblarse casi la mayor parte de ella, y de los terribles males y daños que de esto se recrecieron.

Despues que los reyes antiguos faltaron en España no hallamos en las historias cosa notable que por allá sucediese muchos años adelante, más de que, segun cuentan los cronistas castellanos, como siempre tras las prosperidades sean ciertos los infortunios y desastres, quedando con la gobernacion de los príncipes antiguos todo lo mejor y más poblado de España, fundado sobre buena razon y buen es-

tilo, sobrevino la más terrible desdicha que primero ni despues de su poblacion sepamos. Y fué, que comenzaron á crecer tan grandes calores y sequedad, con tanta falta de las aguas del cielo, que pasaron casi veintiseis años que no llovió. De lo cual todos nuestros historiadores españoles hacen memoria señalada sin discrepar alguno de ellos, por ser la cosa más notable que sepamos en ella, ni por otras tierras ó provincias haya sucedido, á lo ménos que tanto durase, ni que tanto daño se recreciese; puesto que ningun autor extranjero de cuantos yo tengo vistos haga memoria de ello, ni ménos lo hallen otras personas muy leidas, con quien lo tengo comunicado. Por esto muchos lo dudan, pareciéndoles que negocio tan grave, de tanta calidad y grandeza, si sucediera por el mundo, los cronistas pasados griegos ó latinos hicieran alguna cuenta de él, como lo hicieron de muchas cosas tales que por otras partes acontecieron: mas ni por esto conviene dejarlo de poner aquí, pues ya sabemos en otras tierras haber pasado casi lo mismo, como fué, segun dicen, en los tiempos de Faeton, cuando se quemó la provincia de Tesalia, de quien los veinticuatro capítulos del



primer libro hablaron algo. Cuéntase también otro tal en las tierras Etiópicas, de quien muchos autores escriben en Italia casi lo mismo los tiempos muy antiguos, y también porque como tengo dicho, todas nuestras crónicas españolas sin discrepar alguna, lo certifican y concordan en ello. Y es de creer, que si por las antigüedades ó memorias donde fueron sacadas y regidas no se hallara, no tuvieran tal conformidad en hacer tan crecida relación de esta sequedad: afirmando que con discurrir tanto tiempo que no cayeron aguas, crecieron calores tan terribles y con tan demasiados ardores, que no faltó fuente ni río de España que de todo punto no quedasen agotadas, si no fueron Ebro con Guadalquivir, en que corrían muy pocas aguas. Abrióse también la tierra por muchas partes con grandes hendiduras y grietas que se hicieron en ella, donde padeció multitud increíble de gente. Por causa de esto ni se caminaba, ni los hombres podían librarse ni salvar sus personas: así que todos los más de ellos perecieron, particularmente los más ricos y poderosos, que como tuviesen hecha mayor provision de vituallas para su mantenimiento, creyeron que la tal adversidad no duraría tantos años, y no curaron de huir como lo hicieron al principio los que poco tenían: después cuando quisieron ausentarse no pudieron, á causa de las aberturas ya dichas, con que las tierras lejos de la mar no fué posible tratarse ni caminarlas.

De esta manera, no solamente los hombres y mujeres, sino también casi todos los otros animales perecieron, unos con hambres y calores, otros con grandes enfermedades que presto recrecieron, puesto que todavía mucha gente tuvo lugar de se valer en los principios huyendo por regiones extrañas, particularmente los que caían cercanos á las fronteras de la Francia, que salieron por el confin de los montes Pirineos y se remediaron en aquellas comarcas de Francia juntas á su tierra, las cuales por ser de su natural regiones frias y más húmedas no pudo la sequedad hacelles el daño que acá hizo. Muchos que pudieron haber navíos pasaron en Grecia, muchos en Asia, muchos en Italia y en otras provincias donde pensaban guarecer; con lo cual quedó todo lo más de nuestra tierra despoblado y desierto, sin animales ni gente que lo morase sino fueron las comarcas muy septentrionales della, como son Galicia y Asturias, con todas las otras montañas de su lado, que también por ser regiones húmedas y tener el aire lluvioso, pudieron conservar alguna gente menos mal, y las calores no tuvieron allí tanta fuerza como por la parte de An-

dalucía ni de Cataluña, ni como por los otros pedazos en Aragon y Portugal que caen contra Mediodía, donde sabemos en aquel tiempo ser la principal población de nuestra tierra. Puesto que también por aquí lugares de la marina se sustentaron, aunque pocos y con muy gran fatiga. En este modo y tenor duró la tal persecución hasta que pasados los años ya dichos crecieron vientos y turbiones con que los más de los árboles fueron arrancados de raíz, y según cuentan las historias de Castilla, levantáronse tan grandes polvaredas, que parecían figura de humo que de nuevo quemaba toda la tierra. Después desto plugo á la misericordia de nuestro Señor Dios que luégo el año siguiente cayeron lluvias en abundancia con que la tierra se resfrió y refrescó y poco á poco fué tomando su vigor y su fuerza. Las gentes españolas huidas á los principios y derramadas en diversas partes del mundo, sabiendo que los tiempos mejoraban, se tornaron á sus tierras donde cada cual tenía su naturaleza, con el acrecentamiento de hijos y de la nueva generación que por allá les había nacido. Léese que cuando vinieron, en todas sus provincias no hallaron árbol verde, sino fueron algunos granados y pocos olivos en la ribera del Guadalquivir. Y desto procedió, según dicen, la falta de los reyes antiguos en España, por causa que como lo más de la gente principal muriese con tan gran sequedad, los otros que después dieron vuelta, llegados á sus provincias, no curaban sino de reparar sus trabajos sin pensar en otra cosa. Y como la tal gente recién venida fuese por la mayor parte muy desviada de los dobleces y cuidados superfluos de nuestro siglo, no se dañaban los unos á los otros, ni deseaban con tanta codicia mandar ni tampoco ser mandados, aunque, como ya dijimos en otra parte, según de nuestras historias se recoge, quedó siempre reverencia y acatamiento por muchos lugares á los parientes que descendían de la sucesión y casta de los reyes antiguos, mas no para ser tan señores ni tan soberanos como los pasados. Los cronistas españoles, á quien yo necesariamente sigo, no señalan en qué tiempo la tal sequedad aconteciese, porque casi todas las cosas de sus historias van faltosas en declarar los tiempos antiguos de las hazañas que cuentan, de que no me redundan á mí pocos trabajos en descubrir y señalar con verdad los años pertenecientes á lo cierto que tratan ellos, lo cual es tanto menester en esta materia, que todos los buenos autores griegos y latinos lo llaman el ánimo de la historia. Pero de cualquier manera que sea cierto que fué la sazón donde la tal adversidad



en España comenzó, cuanto por las conjeturas podemos alcanzar, no cayó lejos de los mil y treinta años ántes que nuestro Señor y Redentor Jesucristo naciese; y así, pasados los veinte y seis de la persecución y sequedad, nuestros progenitores, que primero salieron huyendo, volvieron, como dije, libres á sus tierras, unos á los pocos lugares que se conservaron sobre la mar, otros á las provincias despobladas más adentro, donde fueron naturales ellos ó sus antepasados, y comenzaron á levantar casas y moradas en ellas como mejor podían, señalando por allí sus asentamientos, ejercitando lo que tenían de costumbre primero que les viniese la sequedad sobredicha.

Las otras naciones, eso mismo que sabían alguna noticia de España, renovaron también sus contrataciones en ella, si de ántes tenían alguna. Señaladamente los griegos, que nunca dejaron de la visitar, entre los cuales hallo memoria de cierto navegante llamado Mentis, en cuyos navíos y compañía vino casi por estos días en España un gran poeta llamado Melesigenes, á quien después dijeron Homero, el más excelente y artificioso de cuantos poetas hubo jamás; puesto que muchos otros autores andan tan discrepantes en señalar el tiempo de este poeta, que lo ponen algunos trescientos años adelante de lo que ponemos aquí, otros más, y otros menos, según se les antoja. Pero en cualquiera sazón que fuese, parece de sus escrituras haber quedado tan satisfecho de los bienes y fertilidad de España, la cual ya cuando él vino estaría restituida en su facundia y fertilidad acostumbrada, que certificó por aquellas sus obras ser en el Andalucía los campos Elisios, donde los antiguos creían que los dioses enviaban las ánimas de los bienaventurados para darles allí galardón y premio de los bienes y virtudes que hicieron en esta vida mundana, como también ya lo tocamos en el noveno capítulo del primer libro.

CAPÍTULO II.

De la mucha diversidad y confusión que hallamos entre los cronistas españoles sobre cierta compañía de gente que dicen haber entrado por España después de la sequedad pasada, las cuales gentes algunos de ellos nombran los almuzdes, y muchos otros los almonides.

Luégo después de la sequedad sobredicha cuentan las crónicas de Castilla que salieron de la tierra de Suecia gentes extrañas, griegas de nación, señores en aquella provincia, las cuales llamaban los almuzdes, ó según otros

dicen, almonides. Estos afirman que desembarcaron con una gran flota de navíos en el puerto de la Coruña de Galicia, donde hicieron un sutil engaño para tomar la ciudad, y fué, que poco ántes que al puerto llegasen, enramaron las fustas donde venían, en tal manera que todas juntas parecían una gran montaña verde. Los vecinos de la Coruña, creyendo que fuese alguna isla nuevamente parecida en la mar, dicen que no curaron de guardarse de ellos, y que los almuzdes llegaron cerca de la villa en amaneciendo, y primero que los del pueblo se pudiesen ayudar de las armas, fueron los más de ellos presos y muertos. Y allí cuentan estos historiadores haber quebrado el espejo encantado de la torre del Faro, y que los españoles como fuesen pocos, vista la pujanza de los almuzdes, se sojuzgaron todos á ellos. También escriben que los tales poblaron á Sigüenza y á Córdoba, y á Pamplona y á Toledo, con otros muchos lugares en España, dado que no señalan en qué tiempo lo hiciesen, ni por qué sazón, mas de que vinieron después de la gran sequedad sobredicha. Si mi parecer en este caso valiese, yo verdaderamente creería que puesto que algunas cosas de las que de los almuzdes ó almonides se cuentan puedan ser verdaderas, muchas otras, ó las más de ellas, son fábulas y ficción, porque ningún libro de cosmografía trata gente, ni tierra, ni nación que se diga los almuzdes ó almonides, ni en Suecia, que fué siempre región alemana, se podría mostrar algún tiempo tener mando ni señorío los griegos, mayormente mezclando con ellos el cuento del espejo encantado de la Coruña, del cual ya declaramos en los diez y siete capítulos del primer libro ser imaginación falsa cuanto de él hablan aquellos cronistas españoles, pues nunca tal hubo, ni tal se pensó jamás. La misma liviandad es afirmar que fueron éstos los primeros edificadores de Córdoba, de Pamplona y de Sigüenza; pues de todos estos lugares se verá muy enteramente por el proceso de esta gran obra, las gentes que los poblaron en los tiempos verdaderos de sus principios, muy diversos de la sazón y días que tratamos aquí.

Una cosa me hace tener por cierto que la fundación que les atribuyen de Toledo va también estragada como todo lo sobredicho, y es, que la historia del señor rey D. Alonso casi en el principio cuenta que cuando los almuzdes la poblaron hicieron la ciudad en lo llano, y que pusieron allí la cabeza del reino, labrándola con grandes edificios; entre los cuales, dicen haber sido mucho principal, un solemne templo donde reverenciaban el fuego; y en los



libros siguientes dice nuevamente que dos cónsules romanos llamados el uno Tolemon y el otro Bruto, la poblaron; lo cual tambien dice D. Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo; lo mismo San Isidro dos veces en la crónica de sus godos, y más otros historiadores que lo siguen; de manera que discrepa mucho lo primero de lo segundo, dado que lo postrero de los cónsules Tolemon y Bruto va tan mal mirado quanto lo de los almozudes, porque no hallamos en alguna de las crónicas latinas cónsul ántes ni despues que los romanos viniesen en España llamado Tolemon. Ni Tito Livio, ni Polibio, ni Lucio Floro, ni Plutarco, ni Casiodoro, que recogió quantos cónsules romanos hubo hasta que faltaron, pone algun cónsul con tal nombre ni sobrenombre. Largo sería de contar si por extenso dijésemos la mucha diversidad que quanto al artículo de los almozudes hallamos en las crónicas sobredichas de España. Las unas que más limitadamente hablan, y quieren que su razon parezca más verdadera, dicen que los almozudes vinieron de Grecia, donde fueron naturales, y que llegaron á la Coruña segun hemos dicho, donde siendo desembarcados dejaron á Galicia, y entraron en España ganando mucha parte de ella; y allí finalmente hicieron su morada, poblando lugares y villas donde vivieron. Despues dicen haber tenido maneras con que ganaron la voluntad á los pueblos comarcanos para vivir en su conversacion, y con tal industria lo negociaron, que de ello por bien y con amistad, y de ello con fuerzas y tiranías, en breve tiempo señorearon gran parte de las provincias, tanto que fueron tenidos por muy principales en España. Dicen ser gente de mucha razon y cordura, de quien tomaban los españoles cosas de gran provecho, con que se hacian á sus costumbres, y se mezclaron con ellos, así en la gobernacion de la tierra, como en todo lo demas que convenia, dándoles sus hijas para casar con las de los almozudes. Vino de esto que en el parentesco de los unos y de los otros, y con la conformidad, que siempre fué madre de todos los bienes, poco á poco perdieron el nombre de los almozudes, y se llamaron todos españoles. Otras historias van mucho contrarias en esta razon, y son las que más largo hablan en ello, diciendo que los almozudes vinieron con Hércules el Griego, cuando en España pasó, el cual afirman que dejó por acá mucha gente que consigo traia, y que los tales poblaron algunas partes de aquellas comarcas. Mas (á mi parecer) tan escrupuloso va esto como cualquiera de lo pasado, pues ya en el primer libro escribimos que muchos autores de

gran crédito porfian que nunca tal Hércules Griego tocó jamas en España, y si tocó sería de pasada por la costa del mar solamente, cuando dicen que fundó la villa de Gibraltar, ó dió manera como ciertos pastores españoles la poblasen, porque el que acá vino y paró en España de cierto fué Hércules el Egipciano, que tuvo mayor fama, y acabó hazañas más graves; y puesto que el griego entrase en España, sábase que no venia tan acompañado, ni tan poderoso, que bastase para poblar tal espacio de tierra como los cronistas españoles atribuyen á los almozudes ó almonides. Algunos otros escriben que los almozudes fueron señores en España seis años no más, otros que catorce; muchos escriben que cuarenta, los cuales pasados afirma la crónica del señor rey D. Alonso, y las demas que van con ella, que sabiendo las gentes extrañas estas nuevas de su venida, y que ya poseian la tierra por fuerza, con desafueros y crueldades que hacian, crecieron los corazones, y determinaron ellos de hacer otro tanto para destruirlos si pudiesen: lo cual pusieron luégo por obra, señaladamente los que moraban en las islas del mar, que juntaron grandes navios en que vinieron y se metieron en España, por cuatro partes. Los que cayeron en la frontera de Cádiz, dicen que vinieron por Guadalquivir arriba, hasta que llegaron á una ciudad nombrada por aquellos dias Itálica, cuyos moradores salieron contra ellos, y pelearon una batalla muy recia, donde os ciudadanos fueron vencidos, y los forasteros entraron á la revuelta matando quantos habia dentro. La gente restante que vino por las otras partes dicen no haber hallado resistencia, y que sin contradiccion ganaron la tierra, y mataron todos los almozudes, y que á los españoles sus parientes y confederados pusieron en servidumbre, y los tomaron por esclavos, y que duraron en aquella sujecion y cautiverio hasta la venida de otras gentes africanas, llamadas los cartagineses. Esto es en suma, lo que nuestras historias dicen de estos almozudes ó almonides. Pero mucho de ello no sé yo cómo lo crea, pues en aquellos tiempos no era fundada la ciudad de Itálica donde señalan que fué la batalla, ni se pobló desde á muchos años, como lo veremos en los libros siguientes. Mas como quiera que sucediese, de sospechar es que la cuenta de los almozudes ó almonides debió cierto ser algo, dado que no se declare ni diga hasta hoy como cosa bien conocida; y como tal los que de ella quisieron hablar, le añadieron algunos adornamientos á manera de hazañas, que verdaderamente nunca sucedieron, por dar alguna gracia en paso tan se-



co, y de quien no se alcanzaban ni sentian, como dicen, más del sonido. Quanto á la genealogia de ellos que dicen haber sido griegos de nacion, no me entremeto, pues si lo fueron pudieron ser algunos de los muchos griegos que diversas veces poblaron en España; de los cuales alguna parte queda ya escrita en el primer libro, y parte de ellos pondrémos adelante en el proceso de esta obra por ser muy averiguado que tuvieron en ella moradas y villas suntuosas, conforme á la relacion que de ello hacen todas las historias antiguas fidedignas, y áun allende todo esto duran el dia de hoy señales manifiestas entre nosotros de la naturaleza y asiento que los griegos acá tuvieron, como son muchas costumbres griegas, en que todavía vivimos sin haber podido mudar ni perder, aunque despues acá son pasadas por los españoles grandes novedades y mezclas de gentes extrañas, que por tiempo nos han corrompido lo más de las maneras de vivir antiguas que nuestros pasados tenian; pero las griegas eran ya tanto nuestras y tan naturales, que parte de ellas nadie las ha podido mudar.

Cierto es que las vestiduras negras de luto que se ponen por los difuntos, de los griegos quedaron, y el colgar de los escudos de armasy cotas y pendones, sobre las sepulturas de los nobles, tambien vino de ellos como Plinio lo declarara. El trasquilar otrosí los cabellos en los parientes y allegados de estos tales que así mueren, con otras muchas ceremonias notoriamente griegas, que andando la historia se verán adelante. La otra señal, que tambien hoy dia hablamos en nuestra lengua española multitud de vocablos que son griegos verdaderamente, de los cuales en esta parte yo daría suficiente relacion, si no fuese materia diversa de lo que pretende nuestra crónica; pero cualquier español que tenga noticia de la lengua que los antiguos griegos hablaban, en que permanecen los libros de sus ciencias, fácilmente conocerá ser verdad esto. Por donde parece muy claro la mucha vecindad y morada que la gente griega tuvo largos tiempos en nuestra tierra, sin jamas salir de ella, no solamente los Almozudes, de quien las historias españolas hacen memoria, sino tambien de muchos otros, como fueron los de la isla de Iasanto que dijimos haber poblado á Murvedre, y los que vinieron con el capitan Alceo Tebano, que por otro nombre llamaban Hércules el Griego, y tambien los compañeros de Dionisio el menor, á quien los gentiles llamaron el dios Baco, y despues la gente que trajeron Menesteo, y Ulises y Teucro, como en el primer libro

queda puesto, y otros sin éstos de quien adelante hablaremos, que poblaron las villas de Roses, Empurias y Denia, con más ciertos vecinos de Lacedemonia, naturales de una provincia griega llamada Laconia, los cuales afirma Estrabon que vinieron en España y poblaron una villa que se dijo Laconimurgi, en las fronteras de Vizcaya, que ahora caen entre Castilla y Navarra. Pero de estos Lacones yo nunca pude hallar ni descubrir en qué tiempo fuese su venida, ni creo que tengamos historia que de ellos hablemos de lo que Estrabon apuntó en el tercer libro de su geografia. Y si los Almozudes ó Almonides, de quien ahora tratamos, tambien fueron griegos, y residieron algun tiempo en España como todos los cronistas españoles afirman, de sospechar es que tambien harian en ella pueblos y cosas notables, porque tal fué siempre la manera de las gentes griegas en dejar su recordacion ó memoria donde quiera que podian con sobrada diligencia, lo cual hicieron en los tiempos pasados con mucha gracia de letreros y edificios. Esto me pareció que fué bien aclarar en este capítulo sumariamente, por ser la cosa más confusa y ménos entendida que yo tenga leído por todas nuestras crónicas españolas, y la que más cuidado me puso para descubrir algo de verdad en ello, si mi diligencia bastára, puesto que sin lo ya dicho, no dejara de tornar á poner mi parecer sobre los de estos Almonides, en los veintinueve capítulos de este segundo libro, donde se verá que si tales gentes pudieron acá venir, sería muy muchos años despues de la gran seca sobredicha, fuera de la sazon que les atribuyen, y así por esto como porque todas sus hazañas ya dichas parecen haber sido negociadas en las provincias occidentales de nuestra tierra, la crónica dejará por ahora su relacion, y dirémos los otros acontecimientos verdaderos y ciertos que sucedieron en las provincias orientales de ella, segun que los escritores auténticos nos dejaron escritos en sus libros para que de toda parte sepamos lo que por España se hacia.

CAPÍTULO III.

Cómo gentes advenedizas llamados los celtas llegaron a España, y se juntaron con ciertos españoles que vivian cercanos á las riberas del Ebro, y despues poblaron otras provincias de ella, particularmente la que llamaron Celtiberia, donde se ponen los aledaños ó mojonos que solia tener esta region.

Las primeras gentes extranjeras que despues de fenecido el señorío de los reyes anti-